

estallido del Renacimiento, se pierde la apetencia por el color y surge, acaso por primera vez, como indica *Brickmann* el gusto de los pardos, los grises y los negros. Se renuncia a esperanzas demasiado humanas, el pensamiento vence a la intuición, e incluso en la esfera religiosa la teología se acusa más que la mística. Y con todo ello—fino reactivo del alma humana—se desvanecen las tendencias coloristas. Incluso en el arte pictórico, donde el color se refugia, a finales del siglo XVI aparece el «pardo de taller» que poco a poco va esfumando la realidad de los demás colores para hacer triunfar el espacio sobre la materia.

Desde entonces hasta la sociedad burguesa de nuestros días, gris y uniforme, sin más oscilación acusada que el rococó, de colorismo sensual pero no profundo, prevalece la repulsa del color. Acaso hoy—anunciada como tantas veces con varios años de anticipación por los pintores del impresionismo—se anuncia una nueva época del imperio del cromatismo, manifiesta en el espectáculo del siglo—el cine—e incluso en las gayas vestiduras masculinas de América, sin precedente desde hace varios siglos.

Ahora no parecerá trivial recordar que el amarillo y el rojo son colores populares, de las multitudes, de las fiestas, y las ferias, de la vida primitiva, ingenua y atropellada, de los mercados. Mientras que el negro y el azul oscuro, son los colores de los que prefieren la vida retirada, de todo el que no se abandona al contorno y busca la superación de lo sensible.

El alma y la forma

La mera enunciación del párrafo nos introduce, sin querer, por el camino filosófico. Porque la relación entre materia y forma es un tema básico de la filosofía griega tanto en *Platón* como en *Aristóteles*. El profundo concepto filosófico de

